

Raúl Silva Castro

## Notas Freudianas

**F**A lectura de Freud nos produce una impresión interesante: nos hace creer que los objetivos y los procedimientos científicos del psicólogo vienés son absurdamente fáciles. Aun más: llegamos a pensar que todo eso que él dice nosotros también habríamos podido decirlo. Y es así, sólo que en haberlo dicho él primero que nosotros, estriba el mérito que le acordamos...

Cuando hemos leído a Freud con algún detenimiento nos encontramos impregnados de su obra, reparamos en los hechos que interpreta y—en forma instintiva casi—aplicamos a la realidad sus teorías psicológicas. Si antes nos pasaron inadvertidas, siempre una equivocación, un acto fallido, cualquiera, en fin, de esos hechos que sirven a Freud de materia experimental, ya no nos volverá a suceder lo mismo. Freud estará siempre presente en un caso así, y si hemos logrado penetrar un poco en su obra, podremos aplicar su análisis y sorprender, siguiendo sus métodos, importantes secretos de la subconciencia.

No haremos esto en la ocasión presente. El objeto de estas líneas es sólo recoger algunos hechos que caen dentro de las teorías freudianas. La interpretación ofrece diversos inconvenientes de carácter casi puramente personal y por eso imperalivo.

Comenzaremos por agruparlos para introducir en ellos cierto orden: los tres primeros casos son simples sustituciones de nom-

bres; el cuarto y el quinto son olvidos motivados por disgustos, y el último es una rebelión del pensamiento reprimido.

1. En una oportunidad un joven pretendiente a un puesto ministerial se presentó a hablar con el jefe de la repartición, un señor de apellido Montenegro. Llevaba una carta de presentación que el señor Montenegro leyó con detenimiento. Terminado este trámite, el Ministro le interrogó sobre sus capacidades, sobre su educación, sobre varios detalles más que eran de interés. El candidato pudo advertir que la frialdad del señor Ministro iba en aumento a medida que pasaba el tiempo y creyó conveniente retirarse.

Cuando iba por la calle, siguió pensando en el asunto y reconstruyó mentalmente algunas frases de las que le había dirigido al Ministro y observó con sorpresa que el apellido Montenegro no calzaba en el recuerdo que de ellas tenía. Después de mucho cavilar recordó que en lugar de decirle Montenegro al aludido señor, le había dicho, cuantas veces tuvo oportunidad, Negrete. En esta forma se explicó sobradamente la frialdad de su interlocutor y el fracaso subsiguiente de su gestión.

2. Un señor de edad, persona de vasta cultura, periodista de profesión, tuvo que entrevistarse en cierta circunstancia con un industrial cuyo apellido era italiano y que olvidó poco después de que se lo dijeran. Al llegar a presencia del aludido industrial hizo esfuerzos inmensos por recordar cuál era el apellido que le habían dado, y no pudo encontrarse sino con el de Colombini, que no le satisfacía, pero que le parecía ser el verdadero.

Pero no era el verdadero, pues cuando lo pronunció, su interlocutor le dijo: «Perdón. Mi apellido es Cristofanini».

La equivocación se había producido, pues, por la cercanía indisoluble que presentan Cristofanini y Colombini, especie de caricatura verbal de Cristóforo Colombo, el nombre genovés de Cristóbal Colón. En una persona culta, amante de la lectura, es una equivocación lógica y perfectamente explicable.

3. En otra oportunidad conversaban dos amigos sobre algunas amistades inglesas, y uno de ellos dijo que había conocido

en Valparaíso al gerente de un Banco cuyo apellido no pudo recordar de pronto. Luego dijo que le parecía ser Morton. Esta palabra produjo alguna extrañeza en su interlocutor, quien le interrumpió y le dijo que sería Salmón. La explicación es muy fácil: hay una marca de salmón Morton, de donde partió, por contigüidad, la sustitución.

4. En una oportunidad una señora le pidió a un caballero un libro, precisamente de Freud, del cual el segundo se había expresado con entusiasmo. El día que se lo llevó trataron ambos en la conversación de un asunto penoso que dejó en el caballero una impresión de vergüenza y de desaliento. Cuando la dama se fué, el caballero siguió pensando en el asunto durante un buen rato, hasta que llegó la hora en que acostumbraba retirarse de la oficina en que se hallaba.

Entonces, guiado como de una iluminación extraña, buscó el libro y encontró que durante la conversación «alguien» que tenía que ser él o ella, lo había colocado entre unos papeles y otros libros, de modo que no se veía. La motivación de este acto está, pues, perfectamente justificada.

5. El mismo caballero tuvo que concurrir a una reunión de una sociedad a que se había incorporado poco tiempo antes. La citación se la hizo verbalmente el secretario de esa institución, quien le indicó una galería comercial en el centro, precisándole además que estaba frente a otra que atraviesa enteramente una manzana. Confiando en su memoria, y teniendo presente que el nombre dado le era familiar por algún motivo que en ese momento no se formuló, no hizo apunte alguno.

Al día siguiente buscó en vano por dos calles de las que rodean la manzana aludida la galería de su interés. Después de mucho andar pudo convencerse de que su memoria le era infiel, y no pudo concurrir a la reunión. Al día siguiente se encontró con un consocio que le echó en cara su inasistencia. Por él supo cuál era la ubicación exacta de la galería que no pudiera encontrar, a pesar de sus pesquisas.

Pensando poco más tarde en el asunto, recordó que en esa galería se encontraba la oficina de un profesional a quien, por

cierto asunto pendiente entre ambos, no habría querido ver en ningún instante. El olvido total por repulsión encuéntrase aquí perfectamente caracterizado.

6. Finalmente, un señor que tenía la misión de hacer la lista de los asistentes a un establecimiento público concurrido por la alta sociedad, puso a continuación del apellido de soltera de una señora no el de su marido sino el de su amante. Se le reprochó agriamente esta equivocación que nadie creyó inconsciente o subconsciente, pero que era, como no escapa a un lector de Freud, la simple rebelión de un pensamiento reprimido que por un instante, brevísimo sin duda, ocupó la imaginación del atareado confeccionador de la lista de asistencia.

He allí algunos casos de experiencia directa que dicen relación con las doctrinas freudianas. Muchos podrían agregarse y cada lector podría hacer a su vez una serie de los que ha conocido.